

31: Caballero de la Fe - La Carrera Perfecta

- 31: Caballero de la Fe - La Carrera Perfecta

31: Caballero de la Fe - La Carrera Perfecta

La noche caía sobre Rust Town cuando Ryan llegaba al orfanato. Su buen amigo —aunque reacio— Ghoul se encontraba atrapado en la parte trasera, con la mayoría de sus miembros faltantes. Con suerte, su presencia aliviaría a la Land de las molestias del mensajero por esa noche.

“Me gustaría salir a pasear contigo,” le dijo Ryan a su cautivo al salir del coche, “pero creo que este lugar no fue diseñado pensando en las personas mayores. Además, los niños allí son demasiado mayores para ti.”

“¡A BLEEP tú!” gruñó Ghoul. “Juro que—”

Ryan cerró la puerta del coche tras él, mientras los insultos del esqueleto se convertían en ruidos ahogados. La mayoría de los animales dormían en el gran corral, algunos perros ladrando al mensajero como si fuera un intruso. A diferencia de su visita anterior, las puertas del orfanato estaban cerradas, aunque Ryan podía ver luz proveniente del interior.

El Genoma tocó y esperó. Finalmente, una niña vestida de rosa abrió la puerta y le apuntó con un arma en la cara. “¿Qué quieres, drogadicto?”

“Hola, pequeña Sarah,” se presentó Ryan. “¿Está tu mamá aquí?”

“¿Cómo sabes mi nombre?” preguntó ella, mirando su sombrero. “¿Eres mago?”

“Oh, sí, soy especialmente hábil con explosivos y desapariciones. Mira.” Detuvo el tiempo y cambió su revólver de mala calidad por una Desert Eagle. “¿Ves?”

“Qué genial...” dijo ella con admiración, examinando su nuevo juguete como si fuera una muñeca. “¿Está cargado?”

“Sí, pero he puesto el seguro. Puedo cambiarlo por una escopeta, o cualquier arma de fuego.”

“¿Eres el señor Ryan?” le preguntó, asintiendo el mensajero. “Mamá está adentro. Dijo que vendrías.”

“¿Puedo entrar o tengo que hacer un hueco en la pared?” preguntó, señalando una ventana rota cercana.

“Puedes. Pero si le haces algo a mamá o a los otros, desapareceré tu cara,” dijo Ryan sin más, haciendo que ella frunciera el ceño. “Eso sonó mucho mejor en mi cabeza.”

“Todo requiere práctica, joven punawan,” comentó Ryan, entrando mientras ella cerraba la puerta tras él. Desde dentro, el orfanato parecía tan ruinoso como por fuera, con papel tapiz despegándose de las paredes y solo una lámpara para dos habitaciones. Sarah agitó su nuevo juguete en dirección a Ryan, guiándolo a través.

Ahora que podía echar un vistazo completo, Ryan empezó a convencerse de que aquel lugar había sido en su día un refugio de animales y que fue reformado en un orfanato años después. Los niños habían convertido las habitaciones en compartimentos con barrotes, originalmente destinados a animales, la mitad ya durmiendo o leyendo viejos libros de Jules Verne; algunos dormían con un gato o un perro bajo las sábanas.

Encontró a Len en la cocina, cocinando pescado para un grupo de cuatro niños reunidos en torno a una mesa.

Su vieja amiga vestía el mismo traje de buzo marrón de la última vez y mantenía una pistola de agua en una esquina de la habitación. La cocina claramente carecía de equipamiento, ya que Len usaba una estufa de camping para cocinar la carne.

La vio congelarse al verla, Ryan retirando su sombrero y máscara como un verdadero caballero. “Riri,” dijo ella.

“¿Quién es esa, mami?” Ryan reconoció a la joven como la que Psyshock intentó controlar mentalmente, Giulia. Observó sus rasgos faciales, la forma vaga de su cráneo, y un escalofrío recorrió su espalda.

Psyshock tenía una estructura facial similar a la que mostró al atacar a Ryan en la choza de Shroud.

También notó al chico que jugaba con Sarah antes de que los Psicópatas atacaran la zona. Su pastor alemán esperaba a su lado, mirando el plato mientras movía la cola. “Se ve raro...” dijo, observando el disfraz de Ryan.

—Es un mago—, mostró Little Sarah con orgullo su Revólver de Aguja del Desierto.—¡Mira!—

—Sarah—, la regañó Len, pero no hizo ningún intento por quitarle el arma.—¿Qué te dije? No apuntes armas a nadie, especialmente a desconocidos.—

—Está bien, mamá, sé cómo usarlas—, respondió la pequeña con una mueca de satisfacción.

—Sí, claro, ni siquiera puedes acertar en una lata de refresco a tres metros—, la criticó un niño, mientras Sarah le pellizcaba el brazo.—¡Eso es verdad!—

—Ryan, esta es Sarah, Giulia, Romain, Albus y Valeria—, presentó Len, antes de mirar al mensajero con una expresión indecisa.—Niños, él es Ryan. Es un viejo... un viejo amigo.—

—¿Él viene del lugar mágico?—, preguntó la pequeña Valeria, una niña de cabello castaño oscuro, no mayor de doce años.

—¡No hables del lugar mágico a los desconocidos!—, le advirtió Sarah, mientras la otra niña se tapaba la boca con las manos.—Lo siento, mamá.—

—Está bien—, afirmó Len, colocando una mano en el hombro de Sarah.—¿Puedes servir la comida a los demás y asegurarte de que todos tengan su porción? Debo hablar con mi amigo.—

—¿Es tu amigo o tu novio?—, la molestó uno de los niños. —¡Quiero saber!—

Len respondió con una sonrisa forzada, mientras Ryan permanecía en silencio. Si hubiese sido otra persona, habría soltado una broma, pero no quería ponerla en aprietos. —Regresaré pronto—, prometió Len, tomando la pistola de agua y guiando al mensajero fuera de la cocina. Los niños los miraron con recelo, mientras Sarah aplaudía para captar su atención.

Adorable.

—Lo que haces aquí es muy bonito—, empezó el mensajero, aunque pronto encontró sus palabras incómodas. Len tenía ese efecto en él últimamente, hasta el punto que no podía usar el sarcasmo en su presencia.

—La barrera invisible entre nosotros no desaparecerá pronto—.

—Gracias—, dijo ella, avergonzada, antes de avanzar hacia una escalera.—Podemos subir al tejado. De lo contrario, escucharán a través de la puerta y nos fastidiarán.—

Ryan estaba bastante seguro de que los seguirían y tratarían de espíarlos de todos modos. Conocía demasiado a los niños; ninguno podía resistir la tentación de un sombrero de mago.

Len lo llevó hasta una puerta que llevaba al tejado, y la cerró tras ellos con llave. Ryan se sentó en el borde, dejando sus pies colgando en el vacío. Su vieja amiga lo miró antes de sentarse en la misma posición, aunque a dos metros de distancia y con su pistola de agua en mano.

Durante un momento, ninguno se atrevió a romper el silencio, ambos mirando las estrellas en lo alto. A pesar de las luces de Nueva Roma y la atmósfera contaminada, las estrellas brillaban con la misma intensidad de siempre. Eso hizo que Ryan se preguntara si debería invertir algunos ciclos en investigar cómo construir su propia nave espacial y explorar el universo.

Unas vacaciones en esquí en Plutón suena bastante atractiva.

—¿No te recuerda un poco a los viejos tiempos?—, fue el primero en hablar el mensajero.—Siempre discutíamos si había vida inteligente allí afuera.—

—Aún creo que estamos solos en el universo—, contestó ella.—Todo es oscuro y frío más allá de nuestro pequeño planeta azul.—

—No estamos solos—, replicó Ryan.—Y si me preguntas, las estrellas brillan aún más fuerte.—

Ella se movió incómoda en su sitio. Ryan se dio cuenta de que su intento de conversación trivial solo había hecho las cosas más tensas.—¿Ya tuvimos esta conversación?—, preguntó Len, mordiéndose el labio inferior.—¿Ya la tuvimos?—

Así que ella había interpretado sus palabras en serio. Parecía que Len todavía confiaba en él, aunque fuera en pequeña medida, después de todo este tiempo.—Solo hemos hablado una vez, en tu casa submarina—, admitió Ryan.—Me dijiste que no querías verme después de que llevé al Carnaval a tu padre, que sabías que seguía vivo desde hacía dos años, y que habías construido tu base submarina para Sarah y los demás.—

“Entonces era cierto,” susurró Len para sí misma. “Viaje en el tiempo. Es... es posible, ya que muchas Violetas pueden alterar el espacio-tiempo de manera limitada. Pero... todavía no lo entiendo del todo. ¿Viajas físicamente? ¿O solo se transfiere información?”

“Puedo regresar mentalmente a un punto que fijo en un momento específico, con mi última visita hecha hace unas horas,” explicó el mensajero. “Solo mi conciencia viaja en el tiempo.”

“¿Un punto de guardado, como en tus videojuegos?” Ryan siempre había disfrutado jugar con ellos, cada vez que encontraba una consola que aún funcionaba. “¿Puedes...?”

“No puedo mover mi punto de guardado al pasado, no,” negó el mensajero. “Cuando creo un nuevo punto, el primero se borra. Desearía poder salvar a tu padre, salvarnos, salvar el mundo, pero no puedo. No puedo cambiar el pasado, solo el presente y el futuro. Lo que fue, fue.”

Len estremeció al escuchar sus palabras. Ryan se arrepintió de su franqueza en ese instante, pero sentía que debía expresarse así. No podía permitir que ella albergara falsas esperanzas. “¿Cómo funciona?” preguntó con más curiosidad. “¿Creas líneas temporales alternativas o viajas a ellas?”

Ryan negó con la cabeza. “¿Conoces el experimento del Gato de Schrödinger? La paradoja mental. Algunos lunáticos meten un gato en una caja negra, donde tiene un cincuenta por ciento de probabilidades de morir o sobrevivir. Mientras no abras la caja para verificar, el gato es, en teoría, vivo y muerto a la vez.”

“Lo conozco,” respondió Len. Por supuesto que sí, ella leía todo lo que podía, con avidez insaciable. “Pensaba que era un chiste absurdo sobre la física cuántica.”

“Era una broma. Pero resulta que, en realidad, yo soy ese gato: vivo y muerto simultáneamente.”

Ryan juntó las palmas de las manos, como si sostuviera algo invisible. “Ese es nuestro continuo espacio-temporal,” explicó. “Es una caja negra donde sucede todo el tiempo y el espacio. Todos los momentos en el tiempo y todas las líneas temporales posibles. Pasado, presente y futuro.”

“Es demasiado pequeño para contener todo el universo,” respondió Len, con una sonrisa apenas perceptible. La vista conmovió el corazón de Ryan; parecía que los niños tenían un efecto positivo en su estado de ánimo, en comparación con los ciclos anteriores.

“Solo hay que doblarlo lo suficiente.”

“Pero si nuestro universo es la caja, ¿significa eso que hay algo afuera de ella?”

“Sí,” asintió Ryan. “Una dimensión fuera del espacio y el tiempo, la dimensión del observador. La llamaremos el Mundo Púrpura.”

“¿El Mundo Púrpura?” frunció el ceño.

“No he decidido un nombre definitivo, pero ‘Mundo Púrpura’ suena bien.” Incluso Acid Rain pareció estar de acuerdo. “El Mundo Púrpura existe entre todos los momentos del tiempo y puntos del espacio, aunque solo influye realmente en la primera parte.”

Len escuchaba en silencio, esforzándose por entender sus palabras. Pero era inteligente, incluso sin su poder, y aunque parecía una idea algo descabellada, decidió seguirle el juego a la teoría.

“En realidad, existo en dos puntos en el tiempo,” continuó Ryan con su explicación. “Cuando creando un punto de guardado, me divido. Una versión de mí queda atrapada en el Mundo Púrpura, entre dos segundos, y otra sigue adelante; la persona que ahora enfrentas. Estoy en ambos lugares a la vez, y compartimos la misma conciencia. Podrías decir que mi poder es la bilocación temporal.”

“Entonces, cuando mueres, es como el gato de Schrödinger,” la expresión de Len se tornó en horror. “Estás vivo y muerto a la vez.”

“Sí, salvo que, al tener mi conciencia repartida entre las dos versiones, hago trampa. Colapso la línea de tiempo en la que estoy muerto y creo una copia nueva desde mi punto de guardado, con el conocimiento del futuro borrado. Todos los eventos acontecidos entre ambos puntos son revertidos.”

“Pero no es necesario morir para activar ese poder, ¿verdad?” preguntó Len con súplica. Cuando Ryan no respondió, llevó una mano a su boca con horror. “¿Cómo...?”

“¿Cuántas veces?” Ryan se encogió de hombros. “Incontables.”

“¿Cómo puedes decir eso?” Aunque con su historia turbulenta, podía ver la compasión en la mirada de Len. Ella había conservado una bondad constante. “Las implicaciones... es aterrador, Riri.”

“Bueno, mis primeras decenas de veces fueron terribles,” admitió Ryan. “Me volví loco o catatónico por el estrés en varias ocasiones. Pero después de la treinta o más veces, se volvió algo normal, como tomar una ducha fría todos los días. Uno se acostumbra a todo, incluso a la muerte.”

Su preocupación no disminuía en absoluto. Si acaso, Len se preocupaba aún más por él. “Pero, dado que existes en dos periodos de tiempo, algunos poderes conceptuales, genomas blancos o ataques que alteran la memoria podrían afectar a ambas versiones.”

“ Sospecho que alguien como Cancel, espera, ¿conoces a Cancel?” Len asintió. “Cancel haría que mi poder se desenredara si muriera cerca de ella. Obviamente, no voy a tentar a esa posibilidad.”

“¿Y el detener el tiempo? ¿Tomaste...” se detuvo, la pregunta sin decirse completamente.

¿Tomaste dos Elixires, como mi padre? ¿Eres un Psico?

“Solo tengo el punto de guardado como mi poder,” la tranquilizó Ryan. “La detención del tiempo es una aplicación de éste. Hago que mis dos versiones divididas se unan, y así, tanto nuestra realidad como el Mundo Púrpura se alinean. Esto crea una anomalía temporal en la que yo soy el único capaz de ejercer fuerza sobre los objetos, y mi poder me protege de los efectos negativos. Es un acuerdo bastante conveniente. Sin embargo, si lo mantengo más de diez segundos—”

“Las dos versiones tuyas se fusionan. Abres la caja del gato y miras adentro.”

“Lo cual siempre me causa un reinicio anticipado, miau,” dijo Ryan, pero ella no sonrió. “He pasado décadas estudiando el Mundo Púrpura, intentando ver si podía usarlo para mejorar mi poder y crear más de un punto de guardado.”

“¿Tu Chronoradio?, ¿por eso la fabricaste?” adivinó ella, y Ryan asintió en confirmación. “¿Lograste ingresar físicamente en esa dimensión?”

Ryan pensó en el conejo de peluche. “Realmente, no,” respondió frunciendo el ceño. “Por cierto, ¿cómo hackeaste el Chronoradio? ¿O supiste que tenía uno?”

Ella mordió su labio inferior. “He... he estado...”

“¿Me has estado acechando?”

“Vigilándote durante un tiempo,” respondió Len sonrojándose, lo que la hacía parecer adorable. Inmediatamente cambió de tema. “¿Ese Mundo Púrpura, tú eres el único que puede acceder a él?”

“Algunos Genomas Violeta pueden aprovechar su poder.” Esa era la única explicación para las habilidades de la Lluvia Ácida. “Quizá todos los Genomas Violeta derivan sus poderes de allí. El cuerpo humano no puede hacer ni la mitad de las cosas que un Genoma Violeta puede, incluso estando muy mutado.”

Len se inquietó en su lugar. “Riri, ¿qué edad tienes? Debe haber sido un largo camino, años, décadas, para descubrir todo eso.”

“No lo sé,” admitió el mensajero. Hace mucho perdió la cuenta. “Quizá tengo quinientos años, u ochocientos. Quizá más.”

“¿Y has estado buscándome todo ese tiempo?” Ahora sonaba absolutamente culpable y arrepentida.

“No podías saberlo,” respondió Ryan. Nunca pudo culparla por nada. “Pensé que estabas muerta o fuera de mi alcance después de las primeras décadas, así que simplemente me alejé explorando nuevas cosas. Solo cuando conseguí un fragmento de tu tecnología me di cuenta de que estabas en algún lugar de Nueva Roma.”

Len se apartó, percibiendo algo que surgía en el borde de sus ojos.

“¿Shortie?” frunció el ceño Ryan, observando cómo ella contenía las lágrimas, “¿Len, estás llorando?”

“Lloro por ti,” dijo Len, mirándolo con un claro signo de culpa en su mirada. “Has estado... has pasado siglos solo y yo...”

“Len, yo—” levantó la mano hacia ella.

Ella estremeció visiblemente antes de que pudiera tocarla, lo que hizo que Ryan retrocediera.

“Lo siento,” repitió Len, sintiéndose aún más destruida. “Solo... solo dame tiempo para procesar todo esto. Es... todo esto a la vez, es demasiado. Es demasiado, Riri.”

“Está bien. Tenemos todo el tiempo del mundo.”

Inmediatamente lamentó haber dicho eso, al ver cómo el rostro de Len se oscureció aún más. Maldita sea, ¿por qué cada palabra que decía empeoraba las cosas?

“Cada vez que mueres, todos olvidan de ti,” dijo, limpiándose las lágrimas. “Una y otra vez.”

“Excepto tú,” respondió. “Eres la única persona que me conocía antes del bucle temporal. Sé que es egoísta, pero...”

“Pensaste que yo era la única que podía hacer que esta eternidad fuera menos solitaria.” Len le dirigió una mirada llena de compasión. “¿No hay ninguna forma de que alguien te recuerde? ¿De replicar tu poder?”

“Sólo puedo llevar mi propia mente consigo en los reinicios, y en todos estos años, no he encontrado una tecnología ni un Genoma capaz de copiar mi poder. Tal vez habría obtenido mejores resultados si hubiera cruzado algunas líneas, pero tuve que conservar algunas. Las consecuencias no permanecen, pero los recuerdos sí. Y si me acostumbro a la sangre y la brutalidad, tengo miedo de en qué puedo convertirme.”

“Temes que te vuelvas como papá,” adivinó ella, con la mirada vacía.

Ryan no quería decir en voz alta, pero sí, era así. Los años con Bloodstream le habían dado un gusto por la brutalidad sociopática y por cómo, después de todo, no hay vuelta atrás. Cuando abrazas la oscuridad, te sigue a todas partes.

“¿Por qué no preguntar a Dynamis?” sugirió Len, aunque claramente le desagradaba la idea. “Ellos pueden copiar poderes.”

“Sus copias solo toman la parte ‘genética’ de los poderes, no las leyes físicas cósmicas que los respaldan,” respondió Ryan. Por eso sus pócimas eran más débiles que las originales. Un Elixir Firebrand permitía a alguien producir fuego usando las calorías de su cuerpo mejorado, pero un

Verdadero Genoma Rojo tenía acceso a una fuente de poder casi infinita. “Quiero decir, a menos que puedan acceder de alguna manera al Mundo Púrpura, un Elixir falso basado en mis genes no tendría efecto.”

Su amiga permaneció en silencio unos segundos, antes de guardar su pistola de agua y cruzar los brazos. Él ya la había visto en esa posición cuando entraba en un estado de fugue o pensaba en un nuevo concepto.

“Está ocurriendo de nuevo,” lamentó Len, incapaz de idear una invención que pudiera ayudar a Ryan. “Puedo hacer maravillas, pero nada que sirva ahora. Como papá.”

“Está bien.” Solo el hecho de que quisiera ayudarlo ya le hacía sentirse más feliz. “Nadie puede hacer todo, y tú ya haces mucho. Incluso Vulcan admira tu trabajo, y ella tiene un ego del tamaño de Saturno.”

Sonrió, tenuemente, aunque su mirada no alcanzó a iluminarse. “Si piensas que no hay solución y que olvidarás esta conversación,” dijo Len, mirándolo fijamente a los ojos, “¿para qué tenerla en primer lugar?”

Ah, la pregunta difícil.

“No creo que exista una solución, no, pero deseo que una exista. Vulcan avanza en la mejora de los poderes, y Mechron ya podía hacerlo.” Y había una bóveda llena de su tecnología bajo la tierra. “La esperanza nunca muere, ¿sabes? Aunque las probabilidades de que pueda hacer que las personas me recuerden sean escasas, y que podamos inventar algo... quiero intentarlo.”

Ella no respondió, su mirada pensativa.

"Psicoshock atacará este lugar en dos días," cambió de tema Ryan.

"¿Por qué?" preguntó Len, más entristecida que sorprendida. Ella había esperado que algo así sucediera desde que Big Fat Adam y su banda se instalaron allí.

"Hay un búnker lleno de tecnología Mechron debajo del Basurero, y los Meta están intentando entrar," dijo ella, de inmediato alertada y volta su mirada hacia él. "Supongo que Psicoshock intentará recoger a los niños cuando se queden sin carne de cañón para lanzarle a las defensas. Y alguien en Dynamis les suministra Elixires falsificados por una razón que se me escapa."

Su piel se volvió más pálida cuanto más hablaba él. "Yo me encargaré de esto," prometió Ryan. "Ya lo hice antes."

"Esta ciudad..." Len negó con la cabeza, mirando hacia Rust Town y la Nueva Roma al fondo. "Nunca mejorará, por mucho que luches."

"Puede hacerlo."

"Era mala incluso antes de que llegaran los Meta," respondió ella. "Dynamis, los Augusti, todos iguales. Solo les importa el dinero y el poder. Traté de marcar la diferencia, de ayudar a la gente, pero... así son las cosas. Este lugar no es la Nueva Roma, es la Nueva Babilonia."

"Puede mejorar," insistió Ryan, señalando las estrellas. "Len, todo lo que ves es oscuridad, pero en todas partes hay luz."

Len no le creyó. "Ya discutimos sobre eso," dedujo.

"Sí," admitió el mensajero. "Después de nuestra charla anterior, pensé en eliminar a los Meta, saldar algunas deudas, quizás dejar la superficie lo suficientemente buena para que quisieras volver."

"No tienes que hacerlo," insistió ella. "Que los Meta y los Augusti se eliminen entre sí, que les importe un comino."

"Len, no podemos permitir que los Meta se apoderen del armamento de Mechron," argumentó Ryan en contra. "Será como la Guerras de Genomas, otra vez."

Sería una Sangre en las venas a escala nacional.

"Riri, eso te va a destruir," argumentó ella, con un matiz de desesperación en su voz. "Ya lo hizo. Tú... tú no estás en condiciones estables, Riri. ¿Cuántas veces has fracasado?"

"Suficiente para tener éxito."

Ella comprendió sus palabras, pero no respondió con las suyas. Más bien, pareció retraerse aún más.

"Bueno, perdón por ser un peso con todo esto," se disculpó Ryan, levantándose hasta estar peligrosamente cerca del borde. Un paso más y sería una caída libre. "Gracias por escucharme, Pequeña."

"¿A dónde vas?"

"Hay un hotel agradable donde suelo quedarme en el centro de la ciudad," respondió, poniéndose su máscara y sombrero nuevamente. "Necesito ir allí para que los acontecimientos sigan su curso favorable."

Ella consideró su respuesta y luego dijo: "No."

Ryan se quedó inmóvil por un segundo. "¿No?"

"Puedes... puedes quedarte aquí," respiró profundo y largo Len. "No es cómodo, pero... puedes quedarte esta noche."

"Len, no puedo. Si no voy al hotel, Wyvern y Vulcan no—"

"Quédate aquí, Riri," pidió Len, mirándolo con esperanza. Esta vez, no era una propuesta, sino una súplica: "Por favor, quédate. Esta vez."

Ryan abrió la boca para protestar, ya que eso pondría en riesgo su plan, pero... al ver sus ojos suplicantes y la preocupación en ellos, su resistencia se derritió.

"Está bien," dijo Ryan. "Me quedaré."